

PONS, Analet; y SERNA, Justo, *La ciudad Extensa. La burguesía comercial-financiera en la Valencia de mediados del XIX*. Diputació de València, Centre d'Estudis d'Història Local, Valencia 1992, 389 pp.

Cuando uno toma entre sus manos el libro de Analet Pons y Justo Serna no puede por menos que sentir cierto mal de altura, sobre todo, si después tiene que realizar una reseña del mismo, ante la preocupación de no ponderar suficientemente los méritos de la obra. Y es que tanto Pons como Serna son dos consumados historiadores que han publicado numerosos trabajos centrados en la transición de los siglos XVIII al XIX, en los que se analizan las condiciones del cambio burgués en la sociedad valenciana y por los que han obtenido premios tan señalados como el Senyera de Investigaciones Históricas. Pero abundando aún más, porque estamos ante un libro de los que crean escuela. La rigurosidad con la que se aborda el tema (más de diez años de investigaciones); la abundancia y calidad de las fuentes utilizadas (actas y protocolos notariales, fuentes seriales, archivos municipales, provinciales, etc); el enorme esfuerzo teórico que les ha obligado a acogerse a una bibliografía extensa y multidisciplinar; y por último, la facilidad de lectura, la calidad y generosidad en la presentación de los resultados, son algunas de las razones que avalan esta afirmación.

No resulta extraño que los autores comiencen su análisis por la ciudad, el núcleo urbano valenciano, lugar donde se suceden los cambios y transformaciones económicas y sociales más señaladas del período estudiado, además de constituir el ámbito de acción burguesa por excelencia. Y son precisamente el derribo de las viejas murallas que dificultaban el crecimiento de la ciudad y el desarrollo de sus actividades mercantiles e industriales; el traslado del cementerio a un lugar más alejado; y el aprovechamiento de la desamortización de la propiedad urbana y rústica como consecuencia inmediata de la crisis de Antiguo Régimen y de los posteriores cambios jurídicos producto de la revolución burguesa, los primeros actos de dominación de las élites valencianas sobre este espacio inmediato.

No obstante, bajo la fórmula de los planes de ensanche —el valenciano no resulta ser una excepción— se esconde algo más que un intento de aplicación de las teorías de los higienistas de la época o una simple ampliación y reordenación urbana. El trasunto de estas decisiones hay que buscarlo, como ponen de manifiesto los autores, en la adopción de una nueva concepción de las relaciones sociales y espaciales. En definitiva, los planes de actuación urbana suponen la toma de decisiones concretas por parte de la clase social dominante, la burguesía, que no duda un instante en imponer sus criterios para la consecución de unos objetivos determinados y que no son otros que el control económico, político y social de la ciudad. Y es que las burguesías, al controlar las corporaciones locales y provinciales, se convirtieron en los auténticos artífices de la política urbanística municipal.

Pero Pons y Serna hacen referencia a una *ciudad extensa*. En efecto, la actuación de las élites burguesas valencianas sobrepasa con mucho los límites del es-

trecho entramado urbano. Así, y en atención a los distintos medios a su alcance en el proceso de acumulación de capitales, asientan su poder político, primero en la urbe y al mismo tiempo en la provincia, como paso previo antes de dar el salto a la arena nacional. Pero también porque denota un modelo de comportamiento económico escenificado con claridad en la segregación espacial y social de la que es objeto la ciudad de Valencia. La tendencia a la concentración comercial, industrial o financiera en determinadas áreas, la ubicación en estas mismas zonas de la ciudad de los «domicilios sociales» o casas comerciales, por no mencionar las mejoras efectuadas en las infraestructuras que tienen que ver con el pavimentado y alcantarillado de las calles o la conducción de agua potable y el alumbrado de gas que afectan en primera instancia a estos lugares privilegiados, constituyen algunos de los ejemplos más inmediatos. Sin olvidarnos de la creación de espacios públicos (teatros, escuelas, asilos) y privados (rehabilitación de casas, jardines o la construcción de panteones e incluso mausoleos) que constituyen otras muestras del quehacer burgués y que no son otra cosa que una prueba más del nuevo estatus social alcanzado. En definitiva, fue el precio del suelo el mecanismo utilizado por las élites locales para reservarse los espacios más céntricos y valorados de la ciudad, lugares privilegiados desde el punto de vista de las infraestructuras y donde ubican sus viviendas que pasan a ser un atributo más de la burguesía. Los ejemplos que citan los autores son múltiples y todos ellos hacen referencia a los arreglos, la magnificencia y boato en el que vivían y decoraban sus residencias las familias respetables de la ciudad.

Pero si el ámbito o escenario de trabajo de Serna y Pons es prioritariamente la ciudad de Valencia, el sujeto o protagonista principal no es otro que la burguesía comercial y financiera. Y es precisamente en el tratamiento metodológico y conceptual de las élites económicas valencianas, donde residen algunos de los aspectos más sobresalientes de la obra. En efecto, el individualismo metodológico, la microhistoria y la historia local o el análisis de documentación monográfica (actas y escrituras notariales) son algunos de los instrumentos más utilizados por los autores, que revelan y ponen de manifiesto el origen de la acumulación de capitales (básicamente comerciales y mediante las industrias tradicionales como la hilatura de seda, la cerámica, etc.), las conductas económicas y los comportamientos sociales de estos grupos por sí mismos, *no apelando a instancias extra-contextuales*. Y la primera novedad que hallan es la discontinuidad, o mejor dicho, la existencia de cierta fractura respecto a las grandes familias locales. Un grupo social que mantiene estrechos lazos con la nobleza y la burguesía local, pero que cabe considerar como nueva a tenor de su origen mayoritariamente foráneo. En efecto, haciendo uso de las cuotas de participación en las contribuciones, los autores observan cómo de los 61 comerciantes más ricos registrados en 1815, únicamente 5 se perpetúan hasta 1859, cuando en esta fecha el número de contribuyentes había aumentado hasta 81.

Una vez constatada la fractura, Pons y Serna analizan el modo y los mecanismos de acumulación de capitales de esta élite económica entre 1845 y 1860, como consecuencia de varios factores entre los que destacan con luz propia los cambios de composición del Ayuntamiento de Valencia. Y es que como señala-

ran Reguera Rodríguez¹ o García Colmenares², el acceso al poder municipal por parte de la burguesía local y la ingente oferta de suelo producto de los procesos desamortizadores, son aspectos claves que explican el ascenso social de las élites y la remodelación de la ciudad. De este modo, lo realmente importante de este proceso no reside únicamente en el control del Ayuntamiento (comisiones municipales), sino más bien, en la captación de las distintas contratas que el municipio abre (alumbrado, alcantarillado, pavimentado, etc) y que serán el punto de referencia en la acumulación de capitales y del ascenso social por parte de este grupo.

Otro factor enlazado estrechamente al anterior, fue la formación de un sistema crediticio muy vinculado con la construcción de las infraestructuras municipales y obras públicas ligadas a la provincia. En efecto, después de varios intentos y coincidiendo con la etapa expansionista de la década de los años cuarenta, se constituía la Sociedad Valenciana de Fomento, dirigida por Francisco Campo, alcalde de la ciudad durante varios años y auténtico factótum de la política y de la economía valenciana. De ahí que los autores pongan especial énfasis en las vinculaciones existentes entre la SVF y las obras de distintos servicios municipales, aunque su participación más notoria se realizaría en la construcción del Ferrocarril de Almansa a Valencia. No será éste el único grupo financiero. La amplitud de las necesidades en materia de infraestructuras, junto con la total consolidación hegemónica de un grupo de presión, serían algunos de los motivos apuntados para explicar la constitución de la Sociedad de Crédito Valenciano. Nos encontramos de este modo, con la presencia de dos grupos financieros y de presión, que no sólo mantendrán una pugna por el control de las obras públicas, sino que también debió ser de orden político a tenor de su distinta composición. Comerciantes y propietarios agrícolas en el primer caso, mientras que en la SCV dominan los fabricantes sederos y otros industriales que centraron su actividad financiera en las obras del Puerto de Valencia. No obstante, ambos grupos son identificados como élites económico-financieras, resaltando el papel especulativo de ambas sociedades, si hemos de hacernos eco de la escasa atención prestada a los créditos a la industria o al comercio. Pons y Serna señalan cómo en torno a estos grupos de presión y con objeto de consolidar el dominio público, se forma una auténtica red de patronaje, de clientelismos y de mediadores institucionales, que salvaguardan todos sus intereses, no dudando en utilizar medios de presión y coacción (compra de pagarés, créditos, etc.) para su autoafirmación.

Una vez reconocidos los grupos de presión y tomado contacto con sus intereses económicos y políticos, Pons y Serna se detienen en analizar lo que denominan la *sociabilidad*, esto es, las redes de relaciones entabladas por estos grupos, los comportamientos sociales y la estructura y el papel jugado por la familia. Y lo primero que llama la atención, pero que responde a mecanismos clásicos de ennoblecimiento, es la actitud tomada por esta burguesía local en la reconstrucción de un pasado, en la búsqueda de un linaje fundador, para lo que no dudan en corregir o

¹ REGUERA RODRÍGUEZ, A.T.: *La ciudad de León en el siglo XIX. Transformaciones urbanísticas en el período de transición al capitalismo*. León, 1987.

² GARCÍA COLMENARES, P.: *Transformaciones urbanísticas e industriales*. Ayer, 9, 1993.

modificar sus orígenes, cuando no inventar su propia tradición, acudir al rastreo genealógico o hacer del «triumfador» el inicio de una nueva dinastía. Los ejemplos son numerosos y el objetivo de este tipo de actitudes no es otro que enfatizar la permanencia, la continuidad incluso más allá del hecho mismo de la muerte. En efecto, otro modo de perpetuarse socialmente en el tiempo fue mediante la construcción de panteones y mausoleos, la fundación de asilos e instituciones benéficas o todo aquello que tiene que ver con las mandas, ritos e instrucciones precisas sobre el reparto de bienes, magistralmente recogido por Pons y Serna mediante el rastreo del testamento, *documento por antonomasia que garantiza una muerte reconciliada*. En este sentido, no tienen desperdicio las páginas que los autores dedican al cementerio, teatro donde se escenifican y reproducen los esquemas segregados que habíamos visto aplicados anteriormente a la propia ciudad. Pero la sociabilidad también la encontramos en el rol jugado por todos y cada uno de los miembros de la familia burguesa, sometida a una fuerte jerarquización. Y en este sentido, se analiza la distribución de papeles en función del sexo, unos en el ámbito doméstico y otros en el público; la importancia de la boda y los hijos, considerados como un capital humano al que hay que cuidar como una inversión calculada. Los autores no se detienen aquí sino que estudian otros aspectos como la presión demográfica, la fertilidad o la esperanza de vida, sin olvidar elementos tan trascendentales como el apartado dedicado al encuentro social, la visita, lugar de intercambio de información y reconocimiento mutuo con la vista puesta en los negocios.

Y es que Pons y Serna no estudian únicamente la familia burguesa en sí misma, sino más bien como elemento que trasciende al ámbito de los negocios. En este sentido no está de más recordar que buena parte de las familias burguesas tienen sus orígenes en el mundo del artesanado, unidad familiar y económica por excelencia. De este modo, resultan evidentes las conexiones, por no decir asociaciones, entre familia y negocio, entre residencia y domicilio social. Por ello las estrategias inversoras, las conductas económicas e incluso las públicas, tienen en la familia su racionalidad y su razón de ser. Los autores dedican el último capítulo precisamente a analizar las empresas, los comercios, las actividades financieras y las inversiones urbanas y rústicas en función de una estrategia familiar medida, sin olvidarse del contexto económico coyuntural.

Pedro A. Novo López

LA PARRA LÓPEZ, Emilio, *La alianza de Godoy con los revolucionarios (España y Francia a fines del siglo XVIII)*, Madrid, CSIC, 1992, 210 pp.

En un número anterior de la revista reseñábamos la importante monografía que Jean-René Aymes ha dedicado al enfrentamiento entre España y la Revolución francesa, destacando la multiplicidad de perspectivas desde las que este hispanista francés abordaba el conflicto armado de la Monarquía de Carlos IV con-